



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

COSAS DE NIÑOS

DAVID WAGNER

TRADUCCIÓN DE ESTHER CRUZ SANTAELLA



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2015
TÍTULO ORIGINAL: *Spricht das Kind*

© Literaturverlag Droschl, Graz-Wien, 2009
© de la traducción, Esther Cruz Santaella, 2015
© Errata naturae editores, 2015
C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310
28045 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-98-5

DEPÓSITO LEGAL: M-22502-2015

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)

IMAGEN DE PORTADA: Natalia Zaratiegui

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

COCHECITO

El número uno dejó de servir, se le quedó pequeño a la niña. El número dos pesaba demasiado y era complicado maniobrar con él. El cochecito número tres se rompió, el número cuatro lo robaron. El número cinco se quedó en España, no merecía la pena traerlo de vuelta, el número seis perdió una rueda, el número siete todavía anda, precisamente ahora. Cuando la niña ya corre.

RAPUNZEL

Mientras la peino, dice la niña: Ahora tienes que decir: qué pelo tan bonito. Tienes que decirlo ahora, pero seguir diciéndolo. Pide la frase y su repetición. Así es el ritual.

Luego la niña me peina a mí y dice: No te muevas, y pide que diga que me tira. Y, siguiendo su deseo, me quejo de que me tira, y la niña sigue peinándome, dice: No te muevas, nada de moverse, Rapunzel... hasta que de pronto lo ve: Ahora, ahora tienes el pelo bien.

La niña tiene gomillas para el pelo de todos los colores posibles, diademas, hebillitas, pincitas, adornitos de niña con mariquitas, mariposas, brillos, lunaritos, brillantes.

Acabo de descubrir, viendo la cabeza de la niña, que llevo décadas haciéndome la raya en el lado equivocado; hasta que no he tenido que decidir a qué lado hacerle la raya a la niña y he visto por dónde le cae el pelo, no me he dado cuenta de que a mi pelo le corresponde el otro lado.

Sueño que la niña pierde una mano y en su lugar le ponen, en una operación laboriosa, una de mis manos, creo que la derecha. La escena final del sueño es como el momento de *El imperio contraataca* en el que Luke Skywalker se acopla una mano protésica nueva, aunque en su caso es mecánica. Pero a la niña, cuyo pelo me recuerda a veces al peinado perfecto de Luke Skywalker, sin necesidad de secarlo así a propósito, le ponen mi mano en ese sueño. Le queda bien, puede usarla enseguida. Yo estoy muy contento y no noto nada en absoluto, ni siquiera me doy cuenta de que ahora me falta una mano.

Dame la mano, dice la niña.

CALLEJÓN

El último año, digo porque la niña me lo pregunta, iba solo a la escuela infantil.

Iba por un callejón, un camino estrecho, que pasaba a través de los jardines y unía dos calles. A Kraye no le dejaban ir por ahí, su madre creía que el camino era demasiado peligroso. O., Se, Priller y yo lo atravesábamos todos los días, y el último tramo, allí donde el camino pasaba entre dos muros antes de unirse de nuevo a la acera tras subir cuatro escalones, lo cruzábamos siempre corriendo. Al hacerlo, el suelo resonaba de manera singular bajo el crudo asfalto, como si debajo del tamborileo de nuestras piernas de niños hubiese un gran vacío, una caja de resonancia, y yo me imaginaba que allí se ubicaba un vasto sistema de cuevas, catacumbas, en las que se almacenaban pilas de huesos y de calaveras, cámaras funerarias olvidadas hacía mucho, el inframundo.

En el lugar donde se levantaba nuestra casa ya se había alzado otra casa antes de la guerra, un poco más atrás, en el jardín, allí donde estaban mi columpio y la casita de juguete. Justo sobre esa casa había caído una bomba, un impacto de lleno. Las dos o tres personas que estaban en el sótano —un matrimonio y alguien más a quien nunca llegaron a identificar— murieron, dicen, de inmediato. Y yo me imaginaba que aún estaban allí,

debajo de nuestro verde césped, que mi padre regaba siempre con tanto esmero, como si también hubiese que dar de beber a los muertos que había en la tierra. A veces cavaba en el cajón de arena buscándolos.

Siempre iba solo a la escuela infantil y siempre pasando por el callejón. Eso supongo.

TRANVÍA

Nuestra casa se va, dice la niña cuando el tranvía avanza y todo lo que está delante de la ventanilla parece moverse. Todo se va, dice la niña, y desde luego tiene razón. El tiempo lo transporta todo.

Cierro los ojos, está oscuro y el mundo ya no está ahí. ¿Para quién o para qué más habría de estar, si mamá y papá sólo están aquí para mí? ¿Acaso no lo he pensado alguna que otra vez?

La niña saluda a todos los tranvías que pasan, todos los tranvías reciben su despedida. Alguna vez se le olvida porque tenemos que cruzar una calle, se pone a llorar y solloza: No he podido saludar al tranvía.

¿Y si ahí dentro van amigos?, pregunta la niña cuando pasa un cercanías por debajo de nosotros, que estamos en un puente peatonal. Y a mí mismo me surge la idea, que en ese momento no me parece extraña en absoluto, de que todas las personas deberían ser

amigas o podrían serlo, al menos, y me acuerdo de la convicción infantil de que todo el mundo podría conocerse y llevarse bien.

CRECIMIENTO

Cada día soy *más* mayor, dice la niña, y yo me acuerdo de cuán inconcebible me parecía llegar a ser adulto algún día. No podía creer que pasara el tiempo. Todo avanzaba con una lentitud terrible, como si no se produjera ningún cambio.

Cuánto has crecido, decían las tías; no, qué grande estás, se emocionaban. Crecer parecía ser algo por lo que uno debía ser elogiado. Algo digno de recompensa y gratificación en forma de chocolate, pequeñas sumas de dinero o helado.

Crecer significaba hacerse mayor, madurar por fin. Alcanzar objetivos lejanos. Cumplir cinco años, seis años. Ir a la escuela, tener diez años, doce por fin, poder sentarse delante en el coche, tener por fin catorce, quince, dieciséis, dieciocho años. Eso es todo.

Talla para 98, 110, 116, 128. ¿Has vuelto a crecer? Las tallas de ropa infantil son una unidad de tiempo. Pronto la niña mide ciento diez centímetros de alto. Había olvidado que los centímetros son también una unidad de tiempo. Y la niña, un cronómetro.

Los padres, me imaginaba yo, hacen que uno estire a paso lento, pero seguro. De una talla de ropa a la siguiente, por la noche, en un potro. Hacen que estires. Los abuelos hacen que las verduras den el estirón, y los padres hacen que den el estirón los niños. Mamá tira de un extremo, papá del otro. Nos ocuparemos de que te hagas grande. Y a eso lo llaman *estirón*.

Durante mucho tiempo estuve convencido de que no iba a hacerme adulto. Al menos, no sabía o no habría sabido decir en qué se podría notar mi madurez. Y es que... ¿en qué consistía? ¿En que ya no vivía con mis padres? ¿En que compartía casa con una mujer? ¿En que tenía frecuentes relaciones sexuales, un coche, un trabajo? ¿En que podía hacer y deshacer todo lo que había soñado de niño? ¿Y en que ahora que podía ya no necesariamente quería?

Sin pretender reflexionar demasiado a este respecto precisamente: siempre me he visto como un niño grande.

Pensaba que sería por completo incapaz de hacerme mayor. Como si yo fuese la excepción que iba a permanecer siempre igual, el niño que siempre había conocido, avanzando solo por el callejón, de camino a la escuela infantil.

La niña me hace ser niño otra vez. Y me hace pueril otra vez. Hacerse mayor significa también hacerse cada vez más joven.

Y, con la mirada de niño recién adquirida o simplemente adoptada de nuevo, el mundo vuelve a ser comprensible. La niña me lleva, voy de su mano por entre la maleza que tanto tiempo me ha obstruido la mirada, y capto la realidad que de repente ahora, tanto tiempo se ha demorado, me parece la verdadera¹.

Me da la sensación de que nunca he sido tan mayor como entonces, aquella tarde en la que, con ocho o nueve años, estaba tumbado en la cama, sobre la colcha de rizo, con el puñal en la mano, pensando en si atravesar con ese puñal que me había traído de Túnez o de Marruecos nuestra vecina, la señora Ricotta, mi camisa de pana roja. O quizá no. Nunca he vuelto a sentirme tan mayor.

A veces me asombra tener todavía, después de tantos años, esta mano, esta misma piel, estos mismos pies. Desde hace tantos, tantos años. Siempre lo he llevado todo conmigo, todo lo que soy.

¹ Véase el artículo de Christian Geyer publicado en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* el 21 de mayo de 2004 (<http://www.faz.net/aktuell/feuilleton/wellenreiter-kein-kindskopf-1158213.html>). En el artículo, Geyer hace una reflexión sobre la paternidad, comparando el Día del Padre con un atasco, y comenta, por ejemplo, cómo la sensación de estar atrapados, atascados, de verse ante un pasillo cada vez más estrecho, pierde todo su peso al aparecer la mano de un hijo (nota del autor, aclaración de la traductora).

ZONA DE JUEGOS

Las zonas de juegos habían dejado de interesarme. Ahora vuelven a ser importantes. Y es que la zona de juegos es un lugar que ha estado ahí todo el tiempo, pasando desapercibida al borde del camino, en el parque, en mitad de la plaza, al final de la calle, en el pasado, abandonada desde hace veinte, veinticinco o treinta años.

¿Y qué edad tiene la niña? Sábado, hacia el mediodía. Por todas partes, sólo padres, ninguna madre en la zona de juegos. ¿Cómo se llama? Y, tercera pregunta: ¿Seguís viviendo juntos?

¿Es que no tiene cada niño su propio papá?, pregunta la niña en la zona de juegos, y junto a nosotros, un padre con tres niños. ¿No tiene cada uno su propio papá?

Tienes que decir que es tuya, dice el padre a su hijo, es demasiado mayor y está demasiado ocupado en seguir sentado lejos y dejar jugar al niño solo, en paz. Tienes que decir que es tu pala, le dice, pero el niño prefiere llorar.

¿Tienes puré de manzana en las piernas? ¡Vamos, salta! Cuando yo era así de mayor, podía brincar como una pelota de goma.

Entonces viene la niña con barro del cajón de arena en las manos, moldea una albóndiga y dice: Papá,

para ti. Y yo tengo que hacer como si me comiese la albóndiga de barro. Y decir: Mmmm, mmmmmmm, qué rica.

¿Zona de *friegos*? Sí, es la zona a la que las personas que no tienen lavavajillas llevan los platos sucios, las ollas pringadas y los cubiertos usados para fregarlos, lavarlos o que se los laven los niños, que tienen que hacer girar las ruedas grandes de *friegos*. ¿De verdad? pregunta la niña, y sube mucho la voz. No, digo. No, sólo era una broma.

Y, un día de invierno, sentado al sol en un banco, veo a dos niños escribiendo sus nombres en la nieve, con unos guantes de manoplas que les cubren los dedos.

PREGUNTA

¿Por qué están corriendo ahí?, pregunta la niña, ¿Por qué corren ahí en un corrillo? ¿Por qué hay personas que corren en una pista de tartán, dando una vuelta tras otra? Tampoco lo sé exactamente. No puedo explicarlo. Y me acuerdo del día tan decepcionante en el que me di cuenta de que tampoco mi madre lo sabía todo.

En la sala donde se impartía gimnasia —los primeros años de colegio se llamaba todavía *gimnasia*, luego

era *educación física*—, había unas líneas en el parquet, líneas desconcertantes, de colores diversos, que se entrecruzaban varias veces, marcas de campos para jugar al fútbol sala, al voleibol, al baloncesto y al balonmano. No puedo más que pensar en esas líneas, algunas continuas y otras discontinuas, como si en una exposición viera una película que enseñara cómo jugar al fútbol y al baloncesto al mismo tiempo y en un mismo campo de un pabellón deportivo. Por encima, los jugadores de baloncesto altos; más abajo, los futbolistas no tan altos. Los partidos transcurren de un modo por completo independiente, los dos juegos interfieren poco el uno en el espacio del otro, es inquietante, casi fantasmagórico, cuán poco. Como si también entre nosotros, entre todos nuestros movimientos, nuestras vidas, pudiera estar ocurriendo algo por completo distinto, algo de lo que no percibimos absolutamente nada.

El fútbol televisado es desde luego mucho más fácil de comprender. El sentido y el objetivo del juego es gritar gol. En cuanto la portería entra en la imagen, la niña grita: ¡Gooooool!

POPURRÍ

La niña mezcla las melodías y los textos de las canciones que se sabe, canta, Cucú, cucú, cantaba la rana,

cucú, cucú, debajo del agua y el que no lo atienda, pagará una prenda. Y va de una a la otra, y al pasar la barca y el cocherito leré me dijo el barquero que si quería montar en coche. Suenan las campanas.

Canciones que llevo años, decenas de años sin oír, sin cantar, y que ahora oigo todos los días. La voy a cantar cien veces y así a lo mejor me viene la letra otra vez, dice la niña, y canta con una voz más alta y potente. Una canción se desintegra en otra.

ORDEN

Desde que tengo una hija, separo la basura, llevo todas las pilas al contenedor de recogida y sólo compro detergente suave, ecológico y sin fosfatos.

Y por qué nunca le pones el tapón a la pasta de dientes, protesta la niña, y no sé si eso pretende ser una pregunta o si no espera ya ningún tipo de explicación. Podría aclararle que antes, no hace mucho tiempo, también a mí me habría molestado. Ahora me da igual. No sé por qué.

¡Un agujero! ¡Tienes un agujero en el calcetín!, dice la niña. E insiste en que me cambie de calcetines.

¡Organización! ¡Organización!, va gritando la niña por el cuarto, pero no coge nada, no recoge ninguno de sus juguetes. La palabra *organización* no designa